

## **El enemigo a batir**

Frota cuidadosamente la resina por cada uno de sus dedos, impregnando de forma meticulosa cada poro, cada grieta, cada arruga. Los decibelios aumentan por segundos hasta estallar en una gran ovación, lo cual le indica que la carrera de los cuatrocientos metros ha llegado a su fin. Le viene a la mente que el Mundial de Atletismo se asemeja bastante a un instituto: por un lado, están las pruebas estrella, esas que, al igual que los chicos populares monopolizan las sonrisas y suspiros de las adolescentes, se llevan los aplausos y los minutos de televisión. A juzgar por la cantidad de seguidores situados en las gradas del acceso sur, el salto con pértiga sería el equivalente a un chico del montón.

Observa con cierta tensión al competidor ruso, que ha sido medallista en los últimos tres campeonatos y parte como favorito. Va a realizar su tercer intento para la marca de 5,75 metros y se le ve preocupado. Sokolov reclama palmas por parte del público antes de saltar, lo cual le provoca una ligera sonrisa, siempre le ha parecido un gesto un tanto pedante. Segundos después, su rival propina un puñetazo a la colchoneta y se aleja con la cara desenchajada.

El fallo del soviético se convierte en su gran oportunidad: puede obtener medalla si supera la marca. Ni en sus mejores sueños se hubiera imaginado en una situación así; optar a metal en su primer Mundial era una aspiración demasiado ambiciosa. No está nervioso, siente una mezcla de emoción e ilusión. Su récord personal es de 5,72, sabe que va a ser difícil y, sin embargo, siente la confianza del que no tiene nada que perder. Una voz enlatada anuncia

su nombre por megafonía con un marcado acento británico. Más por superstición que por necesidad, repite la aplicación de antideslizante por sus manos y encara la pista de arranque.

Entre el bullicio envolvente del estadio llega hasta sus oídos el vozarrón grave de su padre coreando su nombre; pierde la concentración por unos instantes. Un recuerdo amargo le lleva a su infancia, cuando su progenitor le iba a buscar al parque donde jugaba al fútbol con sus amigos. Solía pasárselo bien hasta que le veía aparecer; entonces, cuanto más intentaba lucirse, más balones perdía. Un día, escuchó que su padre comentaba al resto:

—Espero que al menos el niño nos salga inteligente, porque como deportista no vale un duro.

Aquella tarde volvió a casa sin abrir la boca, se encerró en el cuarto de baño y lloró avergonzado. En los siguientes partidos se esforzó por jugar mejor, poniendo todo su empeño por demostrarle a su padre que estaba equivocado.

Meses más tarde, en una noche de verano, coincidieron en la terraza de un bar su familia y la de uno de sus amigos. Como se conocían, unieron las mesas y cenaron todos juntos. En la sobremesa, los mayores charlaban animadamente y los niños correteaban alrededor jugando al escondite. Mientras contaba tras el tronco de un árbol, escuchó un fragmento de la conversación:

—Lo que yo te diga, hay que entrenar bien a los chavales —dijo el padre de su amigo tras darle un sorbo a su cerveza—. A ver si se meten a futbolistas y nos sacan de pobres, que estoy hasta los huevos ya de mi jefe.

—Pues estamos apaños, yo al menos —respondió su padre soltando una risotada—. El mío parece que no vea la pelota, macho, la tiene al lado y

corre de un lado para otro como pollo sin cabeza. Menos mal que saca buenas notas, porque lo que es el deporte no es lo suyo.

Después de aquel día, acomplejado, empezó a rechazar las invitaciones de sus amigos para ir a jugar. Pasaron años hasta que volvió a tocar una pelota.

El juez le hace una señal para indicarle que puede iniciar la prueba. Agarra con fuerza la pértiga y la levanta. Un primer pensamiento de inseguridad le acecha: ¿Seré capaz? Si el mismo campeón ruso no ha podido, ¿cómo voy a hacerlo yo? Inspira profundamente y da un par de botes de calentamiento, sacudiéndose de forma imaginaria el halo de pesimismo que le envolvía segundos atrás. Decide transformar la frustración y la rabia que le han provocado esos recuerdos en velocidad para la carrera. Voy a demostrarle que ya no soy ese crío acomplejado, soy un deportista de élite, ¡qué coño!, piensa. Echa a correr con furia; se siente como un guerrero que va a por todas blandiendo su lanza contra el enemigo.

Las últimas cinco zancadas marcan el principio de unos movimientos estudiados al detalle y practicados hasta la saciedad, se siente cómodo. Introduce el extremo inferior de la pértiga en el cajetín, flexionándola, y empuja con fuerza el suelo con su pie derecho. Ahí empieza su momento favorito, el ascenso al cielo, volar hacia el infinito. Le gustan las mariposas en el estómago que le produce la verticalidad, el empujar con fuerza el aire con los pies para propulsarse. Recuerda la primera vez que experimentó esa sensación y descubrió lo que significa la palabra libertad, reconciliándose con su lado deportivo y ganándole la batalla a la gravedad. Era ya mayor de edad y tras meses de duro entrenamiento consiguió hacer su primer salto. Había llegado al centro de atletismo casi por casualidad, siguiendo a la que ahora era su mujer,

solo para asegurarse la conquista. No le contó a nadie que entrenaba: mantenía separada esa faceta de su vida del resto, por pudor y por miedo a chafar esa nueva ilusión.

Comienza la acción de giro y se desprende de la pértiga, su gran compañera, que le proporciona un último impulso antes de caer. Sus pies rebasan de sobra el listón. A continuación lo hace su cadera y, queda cara a cara con el enemigo a batir. Levanta con fuerza los brazos y sobrepasa la vara metálica. Mientras cae, un leve roce en el hombro le despeja todo tipo de dudas. Queda tumbado sobre la colchoneta, compartiendo lecho con la barrera que no ha podido superar. Se incorpora jadeando y contempla la grada. Su expresión se convierte en una sonrisa cuando observa a su padre erguido, aplaudiendo y con gesto orgulloso. Entonces, comprende que acaba de derribar a su verdadero enemigo.

**Ainoa Muñoz**